

Los tres ciclos de la participación sindical del movimiento obrero durante el primer gobierno peronista (1946- 1955), enunciaciones para su análisis y consideración

Gustavo Nicolás Contreras¹

Introducción

La presente ponencia se propone indagar algunos aspectos del devenir de la participación sindical del movimiento obrero durante el primer gobierno peronista (1946 – 1955). Entre las múltiples maneras posibles de observar lo señalado, priorizaremos una perspectiva preocupada por reconocer la existencia de ciclos analíticamente delimitables, los que buscaremos visualizar mediante la articulación entre tres tipos de variables: contexto económico, situación política y protesta obrera.² Partiendo de una mirada general, pretendemos captar las posibles variaciones, continuidades y tendencias que manifestó y se manifestaron en la participación sindical de los trabajadores en aquellos años. Sostendremos como hipótesis inicial que pueden distinguirse tres momentos: el primer ciclo abarcaría de 1946 a 1948, el segundo de 1949 a 1951 y el tercero el año 1954. Si bien la periodización no es del todo original, ya que otros autores han percibido una diferenciación similar, a través de ella intentaremos tanto aportar nuevos elementos y apreciaciones como repensar y problematizar algunas de las conclusiones sostenidas por quienes ya han estudiado el período.

Como primera aproximación al tema señalado, en la medida de lo posible, consideraremos la cuestión salarial, la reglamentación de condiciones laborales, el marco institucional en el que se

¹ El autor es doctor en historia, miembro del Grupo de Investigación sobre Movimientos Sociales y Sistemas Políticos en la Argentina Moderna (GIMSSPAM) de la UNMdP e investigador asistente del Conicet. Es investigador responsable del PICT 2013-2276: “La Confederación General del Trabajo (CGT) durante el primer gobierno peronista: prácticas gremiales, proyecciones institucionales y formulaciones políticas, 1946-1955” y participa del proyecto de investigación UNTREF: “Trabajo, sindicatos y políticas laborales durante el primer peronismo: la CGT”. e-mail: gustavo@hotmai.com

² Utilizaremos la idea de ciclos desde una perspectiva simplemente instrumental, es decir, como una manera de entender las variaciones de tendencias en las curvas que se puedan construir sobre la participación de los trabajadores en el primer peronismo. De igual modo, veremos los ciclos como momentos de cambios (alzas y bajas) dentro del período en cuestión, es decir, entre 1946 y 1955. Quedará pendiente la importantísima tarea de ubicar las tendencias de la época con datos referidos a la mediana y la larga duración así como las discusiones y precisiones teóricas y metodológicas asociadas. Ambas cuestiones exceden las posibilidades de esta ponencia. Por otra parte, la idea de ciclos se verá también nutrida tanto por la intención de cruzar datos cuantitativos y cualitativos para su apreciación como por la consideración del contexto histórico (económico y político en esta ocasión) para la definición de algunos aspectos de su perfil.

regulaban las relaciones laborales y el lugar de las propias organizaciones sindicales como tales.³ Para ello recurrimos principalmente a tres materiales: la bibliografía existente, algunos de los resultados obtenidos en mi investigación doctoral y las series estadísticas construidas para la Capital Federal. Sobre esto último, es necesario señalar que si bien toda construcción de series estadísticas implica una representación y un recorte más o menos arbitrario y limitado de la dinámica de la sociedad, esta restricción es aún mayor para analizar el período en cuestión dada la ausencia de estadísticas referidas al ámbito laboral que abarquen todo el territorio nacional. No obstante, nos proponemos arriesgar algunas hipótesis generales a través de los datos conseguidos, a sabiendas de las limitaciones señaladas, las cuales, sin dudas, no son menores.

Para avanzar en este objetivo será aprovechada la información suministrada por el Servicio Estadístico Oficial del Ministerio de Asuntos Técnicos de la Presidencia de la Nación (a través del Boletín Diario Secreto), por el Anuario estadístico de la República Argentina de 1957 y por la bibliografía dedicada al tema. Aún reconociendo distintas falencias en la construcción de los datos, sobre lo que no nos explayaremos,⁴ de todos modos pretendemos avanzar en el análisis del tema apostando por la productividad, algo más que hipotética, de un planteo que cruce: lo que conocemos por medio del estado de la cuestión, ciertos datos cuantitativos (y sus cuadros y gráficos derivados que serán presentados en un apartado anexo), y los aportes cualitativos sobre conflictividad obrera obtenidos en mi investigación doctoral.⁵

Presentación del problema de investigación

A los efectos de comprender aspectos sustanciales de la participación de los trabajadores en el primer gobierno peronista consideramos relevante examinar las relaciones existentes entre la activación político-sindical y la coyuntura cambiante tanto del sistema económico como del régimen político, aunque en esta ponencia no podamos hacerlo más que brevemente. Es decir, entendemos pertinente enmarcar las actividades sindicales y políticas de los trabajadores en los contextos específicos que les dieron sustento y sentido. Es necesario, entonces, preguntarnos sobre cómo

³ Sabemos la importancia de incluir también cuestiones político-sindicales y político-ideológicas, como lo hemos señalado recientemente, pero ello excede las posibilidades de esta ponencia. Ver CONTRERAS, Gustavo N.: "¿Apéndice estatal? La CGT durante el primer gobierno peronista: funcionamiento institucional y proyecciones políticas", en ACHA, Omar y QUIROGA, Nicolás (editores): *Historia del asociacionismo en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Editorial Prometeo Libros, en prensa.

⁴ Al respecto ver SHORTER, Edward y TILLY, Charles: *Las huelgas en Francia de 1830 a 1968*, España, MTySS, 1985, "Apéndice A: Fuentes y Métodos"; GHIGLIANI, Pablo: "Acerca de los estudios cuantitativos sobre conflictos laborales en Argentina (1973-2009): reflexiones sobre sus premisas teórico-metodológicas", *Conflicto Social*, Año 2, N° 2, Diciembre 2009.

⁵ *Movimiento obrero, sindicalismo y política durante el primer gobierno peronista. Un estudio de los gremios gráfico, frigorífico, marítimo, ferroviario y del personal de la administración pública nacional*, Tesis de Doctorado, inédita, UNMDP, 2012. Por cuestiones de espacio no podremos extendernos sobre los casos particulares que referiremos, los cuales serán citados con aportes ya publicados para que puedan ser consultados por los interesados.

fueron influenciadas las militancias obreras por ambos aspectos en distintos momentos, y qué determinaciones ejercieron sobre los contenidos de las demandas, los recursos organizativos, las formas de lucha, los repertorios de protesta, las prácticas de negociación colectiva, la dinámica de los alineamientos político-sindicales, etc. A su vez, como reverso de la cuestión, es preciso interrogarnos sobre las consecuencias que tuvieron las posiciones y prácticas del movimiento obrero en el devenir de los ciclos económicos y el régimen político. Balancear y precisar estas relaciones de mutuo condicionamiento se presentan como tareas fundamentales para comprender tanto la participación de los trabajadores en el primer peronismo como el desarrollo del peronismo mismo. Si bien la propuesta implicaría necesariamente un trabajo basto, en esta ponencia nos proponemos un avance en este camino.

En este marco, la revisión bibliográfica y el trabajo con fuentes primarias nos permite arriesgar como hipótesis la diferenciación de tres ciclos de protesta (asociados a cierto tipo de participación de los trabajadores en el primer peronismo), cada uno con sus características propias y enmarcados en coyunturas económicas y políticas particulares. Resumidamente, podemos señalar que las demandas obreras impulsadas entre 1946 y 1948 se beneficiaron de una economía próspera y un régimen político que se estaba estructurando tanto hacia su interior como frente a la oposición. En cambio las protestas desarrolladas entre 1949 y 1951 se sucedieron en un clima de creciente crisis económica y de polarización de las posiciones políticas, y sus resultados fueron definiendo en la coyuntura un nuevo perfil del gobierno de Perón y las fuerzas peronistas. Por último, los conflictos de 1954 se dieron en el contexto de un régimen político peronista consolidado que contaba con el apoyo orgánico de la CGT y los sindicatos más importantes, pero que debía renegociar los convenios colectivos de trabajo luego de que estos no habían sido actualizados desde el Plan de Estabilización de 1952. Pese a que los trabajadores seguían siendo el pilar político más importante del gobierno de Perón, en la nueva coyuntura el ejecutivo nacional estaba dispuesto a apoyar los planes de productividad y racionalización económica demandados por los industriales, posición que no compartida por un sector significativo del movimiento obrero.

Sostendremos como hipótesis, además, que estos tres ciclos de protestas estuvieron íntimamente relacionados al devenir de la alianza social-política peronista en el gobierno. Moviéndonos en un terreno hipotético, el primer ciclo de huelgas fue auspiciado por las favorables condiciones económicas y políticas del trienio (1946-1948), en el cual los trabajadores mejoraron sus ingresos y sus condiciones de trabajo mientras que los industriales se desarrollaron favorablemente a través de la sustitución de importaciones y la ampliación de la circulación monetaria interna. En este proceso, el peronismo también fue consolidando su poder político frente a

la alianza social-política antiperonista.⁶ Es el momento más auspicioso del peronismo “clásico”, y tal vez hayan sido aquellos años donde el peronismo como ideología política logró su mejor performance programática. Por otra parte, el segundo y el tercer ciclo, cada uno con sus propias particularidades, podrían estar manifestando una crisis de la alianza social-política peronista en el gobierno, dada la profundización de las disputas internas por la distribución de los recursos económicos y el poder político en un contexto general de crisis económica y de polarización de posiciones políticas con el antiperonismo.⁷

Evaluar las características y los contenidos de las protestas en relación a la evolución de la alianza social política peronista en el gobierno se torna, entonces, una preocupación central de nuestra investigación. En este sentido, en esta ponencia, nos detendremos particularmente en la problematización del ciclo de protestas ocurrido entre 1949 y 1951, entendiendo que no sólo ha sido el que menos profundización analítica ha recibido, sino que ese trienio se constituyó en un momento de profunda rearticulación y reordenamiento del movimiento obrero y del peronismo en el gobierno. Su conocimiento más acabado nos brindara, a su vez, mejores elementos para comprender el ciclo de 1954, que ha recibido la atención de varios investigadores en los últimos años.⁸

Por último, quisiéramos mencionar que para recorrer las características generales de los ciclos tomaremos como referencia principal el libro de Louise Doyon, *Perón y los trabajadores*, ya que consideramos que expone la investigación general más completa sobre la participación de los trabajadores durante el primer gobierno peronista. En el mismo sentido, las nuevas pesquisas sobre el tema, que se multiplicaron en la última década, la toman como una referencia central, recuperando muchas de sus apreciaciones, más allá de cierta renovación que se fue generando en el campo de estudios. Partiendo de esta situación, avanzaremos retomando, dialogando y repensando lo propuesto por la investigadora canadiense.

⁶ Las condiciones favorables que transitó la alianza peronista en este trienio ha sido señalada por numerosos y diversos investigadores (GERCHUNOFF, Pablo y ANTÚNEZ, Damián: “De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo”, en TORRE, Juan Carlos -Director del Tomo-: *Los años peronistas*, Colección Nueva Historia Argentina, Tomo VIII, Buenos Aires, Sudamericana, 2002; DOYON, Louise: *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006 [1978]; PERALTA RAMOS, Mónica: *Acumulación del capital y crisis política en Argentina (1930-1974)*, Siglo XXI, México, 1978.; LUNA, Félix: *Perón y su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984; entre otros).

⁷ Louise Doyon consideró a las huelgas ocurridas entre 1949 y 1951 como “una faceta adicional de la crisis parcial de la alianza nacional - populista” (*Perón y los trabajadores...*, op. cit., págs.. 309-310), mientras que Fabián Fernández caracterizó al movimiento huelguístico de 1954 como una manifestación de crisis de la alianza peronista (*La huelga metalúrgica de 1954*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2005, pág. 85)

⁸ SCHIAVI, Marcos: *La resistencia antes de la resistencia. Las huelgas metalúrgicas y las luchas obreras de 1954*, Buenos Aires, El Colectivo, 2008; IZQUIERDO, Roberto: *Tiempo de trabajadores. Los obreros del tabaco*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2008; FERNANDEZ, Fabián: *La huelga metalúrgica...*, op. cit.; KABAT, Marina: “Resistencia obrera a la flexibilidad laboral, un análisis de la negociación colectiva de 1954, XIV Jornadas Interescuelas, UNCuyo, Mendoza, 2013; NIETO, Agustín: “Sindicalismo peronista y conflictividad obrera en la industria del pescado, 1950-1955”, en CONTRERAS, Gustavo Nicolás y MARCILESE, José, Dossier “Los trabajadores durante los años del primer gobierno peronista, Nuevas miradas sobre sus organizaciones, sus prácticas y sus ideas”, 2013, [en línea] <http://historiapolitica.com/dossiers/trabajadores-peronismo/>

El ciclo 1946-1948

Louise Doyon al referirse al período comprendido entre los años 1946 y 1950 señaló que durante esos años se desarrolló una gradual concentración de la autoridad y del poder político en la figura de Perón. Sin embargo, frente a esta impresión compartida por muchos analistas, buscó diferenciarse de quienes resumieron toda la historia posterior a 1946 a partir de este devenir político, signado por la disolución del Partido Laborista (PL) y la “cooptación” de la CGT luego de la renuncia de Luis Gay a la secretaria general. Dice Doyon al respecto: “La disolución del Partido Laborista cerró, es verdad, la puerta a su pretensión de tener una voz independiente en las decisiones políticas. Sin embargo, no canceló su protagonismo como actor colectivo en las luchas sociales, tal como lo mostró la explosión de una vasta movilización reivindicativa entre 1946 y 1948. El empuje de la movilización no dejó al régimen otra opción que secundar una ola de demandas que afectó, primero, el desenvolvimiento del capitalismo industrial, para complicar, después, la cohesión de la coalición gobernante”.⁹

La amplia y profunda conflictividad sindical desarrollada entre los años 1946 y 1948, expresaría, ciertamente, la capacidad de las organizaciones gremiales de demandar de forma independiente reivindicaciones, por lo menos, en el plano económico, así como de conseguirlas a partir de la lucha y la negociación. Esta perspectiva, incluso, en ocasiones se impuso más allá de los deseos y las directivas de Perón. En este sentido, diría Doyon, la disolución del PL terminó con la autonomía política del movimiento obrero, pero no con la dialéctica entre Perón y los sindicatos.

Louise Doyon, luego de un sucinto repaso de las huelgas emprendidas entre 1946 y 1948 por los trabajadores azucareros, frigoríficos, panaderos, fideeros, lecheros, molineros, textiles, metalúrgicos, petroleros, de la construcción, de los transportes urbanos, portuarios, municipales, bancarios y recolectores de basura, ocurridas en Capital Federal, Gran Buenos Aires, San Juan, Córdoba, Rosario, Mar del Plata, Tucumán, Santa Fe, Mendoza y La Plata, arribó a las siguientes conclusiones. Las huelgas: 1) en la gran mayoría de los casos, fueron motivadas por aumentos salariales, y en este objetivo fueron secundadas por el gobierno; 2) la mayor parte fueron impulsadas en el contexto de negociaciones colectivas de trabajo, buscando no sólo impartirle una “sanción económica” a las empresas, sino, sobre todo, hacer efectiva una demostración de fuerzas hacia las figuras estatales para que legislen a su favor cuando las tratativas en las comisiones paritarias se trababan; 3) desencadenaron una importante legislación sobre las propias relaciones laborales, democratizando la autoridad en el sistema productivo a partir de convenios colectivos, escalafones, estatutos, reglamentos de comisiones internas y cuerpos de delegados. En este marco, en algunos

⁹ DOYON, Louise: *Perón y los trabajadores...*, op. cit., p. XXIII.

sindicatos específicos, los logros obtenidos mediante significativas huelgas tuvieron que ser subsidiados por el estado, ya que excedían las posibilidades o la predisposición de las patronales y encontraban su explicación en el “peso político” alcanzado por los trabajadores.¹⁰

En este trienio, la Secretaría de Trabajo y Previsión (STyP) arbitró generalmente a favor de los trabajadores, siendo notoriamente más permeable a las demandas salariales que a los pedidos que pretendían legislar las relaciones laborales. 1949, particularmente, se destacó por ser el año en el que mayores dictámenes estatales se firmaron (ver columna F, cuadro 1), práctica que fue acompañada por una caída sustancial de la cantidad de huelgas o protestas. En cierta medida, puede suponerse que el gobierno se proponía frenar la marea huelguista a partir del arbitraje anticipatorio del estado, sobre todo en el momento que comenzaban a manifestarse los síntomas de una creciente crisis económica y una reacción negativa de las patronales a las prerrogativas ganadas por los trabajadores en los lugares de trabajo y en el cobro de sus haberes. En este mismo sentido, puede pensarse que en el ciclo de crecimiento económico (1946-1948) las patronales fueron más propensas a acceder a los reclamos obreros para no detener la dinámica de un circuito económico que las favorecía, no siendo tan necesaria la insistencia de la mediación estatal.

La predisposición estatal, de todos modos, no debería borrar la “doble autoría”¹¹ en la concreción de las reivindicaciones y la legalidad resultante en el trienio 1946-1948, ya que la movilización obrera fue, realmente, un motor fundamental para su realización. Por otra parte, Doyon señaló que “el grueso de las disputas fue dirigida por organizaciones legalmente reconocidas”, y por lo tanto es un error reducirlas simplemente a la voluntad de Perón; los sindicatos fueron un “factor crucial en la expresión del descontento social”. En este período, el incremento notable de la conflictividad laboral tuvo una correlación positiva con el aumento del número y el tamaño de sindicatos, la tasa de afiliación así como con las reuniones gremiales (ver cuadro 2). A partir de esta comprobación, la historiadora canadiense refutó las ideas de Germani que postularon que la gran cantidad de huelgas ocurridas en los primeros años del gobierno fueron meramente “expresivas”, impulsadas desde el estado, y no una acción instrumental en pos de objetivos nacidos de las propias filas proletarias.

El ciclo 1949-1951

¹⁰ DOYON, Louise: *Perón y los sindicatos...*, op. cit., págs. 239-292. Los casos de los trabajadores azucareros y frigoríficos se relacionan con esto último que indicábamos.

¹¹ Doyon señala en su libro que la Ley de Asociaciones Profesionales sancionada el 2 de octubre de 1945 tuvo “doble autoría”, expresando tanto las aspiraciones de la elite militar en el poder como del movimiento obrero y conteniendo tantos sus acuerdos como sus perspectivas particulares. DOYON, Louise: *Perón y los trabajadores...*, op. cit., p. 152.

La conflictividad sindical entre 1949 y 1951 presentaría características distintas a la que se desarrollaron en el trienio inmediatamente anterior. Louise Doyon siguiendo los números de las estadísticas, concluyó que la caída de la cantidad de huelgas se explicaría por dos causas: 1. la mayoría de las aspiraciones económicas “prioritarias” de los trabajadores habían sido cumplidas entre 1946 y 1948; y 2. se hicieron patentes mayores controles autoritarios del régimen y la CGT. El gobierno habría dejado de tolerar la formulación independiente de reclamos sectoriales y la central obrera habría perdido la paciencia frente a la indisciplina de sus gremios adheridos y ante los sindicatos que se mantenían autónomos de su estructura. La coyuntura económica y el clima político auspiciaban este cambio de rumbo. Así, a mediados de la primera presidencia de Perón, asegura Doyon, se da un eclipse de la iniciativa obrera: “A la luz de estos cambios, la tesis según la cual la historia del sindicalismo como actor social llegó a su término bajo el peronismo parecería tener algún fundamento”. A partir de ese momento, el movimiento obrero se habría convertido en un “cuasi apéndice administrativo del régimen peronista”.¹²

Siguiendo a Doyon, es el momento en que se implementaría, finalmente, el “orden corporativista” anhelado por Perón, donde el movimiento obrero obedece a los códigos de conducta oficiales. La nueva disposición se caracterizaría por la inexistencia del derecho a huelga, luego de que no fuera sancionado en la Carta Magna de 1949, y por la pauta oficialista que dictaba la imposibilidad de impulsar protestas sindicales sin generar al mismo tiempo una acción de oposición política contra el gobierno. Los sindicatos peronistas debían canalizar sus demandas por las vías institucionalmente establecidas sin llegar, salvo excepciones, a tomar medidas de fuerza.¹³ En este marco, concluye Doyon, las huelgas que hubo en el período fueron “pocas pero importantes” y en la mayor parte de los casos estuvieron organizadas por militantes opositores al gobierno. La apreciación se justificaría en que las mismas terminaron siendo ilegalizadas, catalogadas de antiperonistas, reprimidas y las organizaciones involucradas intervenidas por la CGT. Aunque, luego, el gobierno y la central obrera accedían “a la mayoría de los fines perseguidos por los huelguistas”, manteniendo así sus credenciales pro obreras y corriendo al mismo tiempo a los militantes más confrontacionistas. Esta secuencia se habría dado en los casos de las huelgas gráfica, frigorífica, azucarera, molinera, bancaria y ferroviaria.¹⁴

En este proceso, la CGT se habría convertido en “un agente del Estado”, con una misión disciplinadora hacia el interior de las filas obreras y con una renovada función partidaria para

¹² DOYON, Louise: *Perón y los sindicatos...*, op. cit., págs. 292 y 294.

¹³ Quisiéramos aclarar que la mayor parte de las veces se ha interpretado que al no ser sancionado el derecho a huelga en la constitución de 1949, su emprendimiento sería ilegal. Lo cierto es que la resolución N° 16 de 1944, de la STyP, detallaba los mecanismos para decretar una huelga. Se podrá decir que era muy restrictiva la posibilidad, pero no que era ilegal. Incluso, la Constitución Nacional de 1949 no sancionó el derecho a huelga pero tampoco legisló su prohibición.

¹⁴ DOYON, Louise: *Perón y los sindicatos...*, op. cit., págs. 302 – 321.

promocionar la política del gobierno e impulsar, por ejemplo, la reelección presidencial de Perón. El congreso extraordinario de abril de 1950 sería la expresión institucional de este cambio, fecha en la que la central obrera adoptó la doctrina peronista como su guía y legisló la posibilidad de intervenir gremios adheridos, facultad ausente desde su fundación. Los sindicatos cegetistas asumían así “deberes específicamente partidarios” y con esta función disciplinarían a los díscolos. El cambio no era menor si recordamos que, para Doyon, su actuación entre 1946 y 1948 se había destacado por una fuerte movilización autónoma en el plano económico. Según su análisis “Las nuevas tareas impuestas al movimiento sindical completarían la cooptación de su dirigencia dentro del aparato político del estado. Fue a comienzos de los años cincuenta que éste se acercó más nítidamente a la imagen de un sindicalismo de estado. El espíritu de reforma que una vez había impulsado había perdido intensidad después de 1948 y estaba totalmente paralizado”.¹⁵

Esta imagen sobre el sindicalismo peronista sin lugar a dudas ha sido efectiva para explicar ciertos comportamientos y tendencias del movimiento obrero y la CGT. Sin embargo, presentaremos algunas dudas y reparos a ciertos señalamientos realizados por Doyon, aunque más no sea que para proponer elementos y reflexiones que habiliten la posibilidad de una reconsideración de ciertas características del ciclo.

En primer lugar, sostendremos que es discutible la idea de que todas las aspiraciones económicas “prioritarias” de los trabajadores hayan sido cumplidas por el gobierno hacia 1949. Y ello por varias cuestiones. La creciente inflación erosionaba los ingresos y posiblemente estimulaba pedidos de actualización; de hecho, las categorías más bajas de una actividad generalmente tenían salarios que se ubicaban en el límite de las necesidades básicas y ello podría presentarse como un previsible caldo de cultivo para el reclamo económico. A su vez, en situaciones en las que un sector lograba buenos sueldos, los trabajadores de todas maneras seguían reclamando por mejoras en las condiciones de trabajo, por cierta legislación y contra la explotación y el autoritarismo patronal, cuestiones que el gobierno peronista no había erradicado hacia 1949. Es decir, es discutible la idea de que las causas económicas no seguían siendo un motivo que alentaba la conflictividad sindical. Que las demandas se enmarcaran en un contexto económico y político diferente es otra cuestión. Tampoco es seguro que una vez corridos los activistas opositores por parte del gobierno y la CGT, fueran concedidas “todas las aspiraciones perseguidas por los huelguistas”; habría que distinguir en cada caso. No fue así, por ejemplo, para gráficos, frigoríficos, marítimos y ferroviarios.

En varios análisis de casos que realizamos pudimos comprobar que los reclamos económicos y por legislación de las relaciones laborales tuvieron un peso relevante, y siempre fueron presentados públicamente como los motivos principales de las protestas. Incluso, las distintas parcialidades que

¹⁵ DOYON, Louise: *Perón y los sindicatos...*, op. cit., pág. 353.

reconocimos al interior de cada gremio aceptaban la necesidad de mejorar la situación inmediata de los trabajadores, aunque, claro está, diferían en los montos, los métodos, los tiempos, las formas de negociación y la perspectiva político-sindical. Es cierto que se acusó la “infiltración” de militancias opositoras, la persecución de “fines inconfesables”, el aprovechamiento de cierto descontento para provocar conflictos artificiales, etc.; pero, si bien es probable que varias de las militancias intervinientes podrían llegar a catalogarse de este modo, si se quisiera por supuesto, es menos probable que este fuera el factor primordial para explicar conflictos sindicales donde participaron masivamente trabajadores de distintas ramas de actividad, y sobre todo si consideramos que la mayoría de los trabajadores se reconocían en el peronismo. En este sentido, el involucramiento de huelguistas peronistas es insoslayable.

La huelga gráfica de 1949, por ejemplo, se enmarcó en la negociación del convenio colectivo de trabajo y el pedido de aumentos salariales, proceso que encabezaba la dirección cegetista de la Federación Gráfica Bonaerense (FGB). La misma propuso aumentos “de \$65 para los operarios de sueldo básico de \$530. De \$50, a los operarios cuyos sueldos básicos sean de \$460 a \$529. De \$40 a los operarios cuyos sueldos básicos sean de \$380 a \$449 y de \$25 a los operarios cuyo sueldo básico sean inferiores a \$380”; mientras que la Comisión Coordinadora de Comisiones Internas (en la que participaban peronistas y no peronistas) acusó de insuficiente la demanda de la dirección de la FGB y reclamó mediante una huelga: “6 horas de labor, 120 pesos de aumento general, salario familiar de 20 pesos por cada hijo, 10% de bonificación por trabajo nocturno y 4 pesos por cada año de antigüedad”. Si recordamos que para la época el salario promedio en la Capital Federal era de \$515 (ver cuadro 3), podemos entender la masiva participación de los trabajadores gráficos en la búsqueda de una solución. Vale aclarar que la propuesta de la CCCI favorecía mucho más a los trabajadores menos calificados y menos remunerados, que probablemente abarcaban la mayoría del sector. Quienes cobraban alrededor de \$380 con el aumento de \$120 se arrimarían al salario promedio de la Capital Federal.¹⁶

En el conflicto de los trabajadores frigoríficos de mayo de 1950, por su parte, la peronista pero autónoma Federación Gremial del Personal de la Industria de la Carne, Derivados y Afines (FGPICDyA) reclamó “aumento salarial de \$1.10 la hora y \$180 mensuales para los empleados con o sin cargo, \$25 por hijo, \$50 por conyugue, \$40 por asistencia perfecta”, mientras que Junta Intersindical de los Trabajadores de la Carne (organización cegetista) gestionó un incremento de \$0,95 por hora; \$180 por mes para el personal mensualizado y para el personal femenino el 85% del sueldo fijado para los hombres, mientras que para los menores un aumento mensual de \$130.

¹⁶ Ver CONTRERAS, Gustavo N: “Los trabajadores gráficos, la prensa y la política durante el peronismo” en MELON PIRRO, Julio cesar y DA ORDEN, María Liliana (compiladores): *Prensa y peronismo. Discursos, prácticas, empresas*, Prohistoria, Rosario, 2007.

Lamentablemente no conocemos las escalas de sueldos para compararlos con los salarios promedios, pero puede observarse que las demandas económicas eran compartidas por ambas parcialidades político-sindicales referenciadas en el peronismo.¹⁷

En el caso de los ferroviarios, la Comisión Consultiva de Emergencia (en la que participaban peronistas y no peronistas) demandaba para los peones un sueldo básico de \$550, con una escala ascendente que llegaría a los \$700 a los diez años de antigüedad; mientras que la propuesta del gobierno, apoyada por la dirección cegetista de la Unión Ferroviaria (UF), iba de \$400 a \$550.¹⁸ Recordemos que para fines de 1950 y principios de 1951 el salario medio, aproximadamente, era en la Capital Federal de \$ 590, y en el resto del país de \$ 582 (ver cuadro 3). En cambio, en la huelga marítima la cuestión salarial no parece haber sido prioritaria, y sí la discusión integral del “problema de los marítimos” (regulación de las relaciones laborales) que demandaba la Confederación General de Gremios Marítimos y Afines (CGGMA).¹⁹ De igual modo, en las disputas de los obreros y empleados públicos, los pedidos sobre los sueldos no estuvieron en el centro de la escena, sino una cuestión organizacional y político-sindical.²⁰ En estos dos últimos casos, los reclamos remunerativos existían pero corrían por otras vías, secundarias podríamos arriesgar.

Nuestra investigación señala que las consignas principales en los conflictos sindicales remitían a pedidos económicos y demandas legales de regulación de las relaciones laborales (convenios, escalafones y estatutos). Los gráficos luchaban por mejorar su convenio colectivo de trabajo; los frigoríficos sostenían un memorial que excedía largamente el tema salarial, pidiendo también la inclusión de todas las categorías en el convenio colectivo de trabajo de 1946 y la sanción del Estatuto de la Carne; los marítimos reclamaban una solución integral del problema marítimo, donde incluían cuestiones referidas a “régimen de contratación y despido, escalafón, estabilidad, sueldos, dotaciones, alojamientos, asistencia social, etc.” Los ferroviarios, por su parte, situaban su pelea en la discusión del escalafón, proceso que se había iniciado luego de la huelga de 1947, mientras que en los sindicatos estatales la cuestión del Estatuto del Personal Civil de la Nación se mantenía latente.

¹⁷ Ver CONTRERAS, Gustavo N.: “El peronismo obrero. La estrategia laborista de la clase obrera durante el gobierno peronista. Un análisis de la huelga de los trabajadores frigoríficos de 1950”; en *Documentos y Comunicaciones 2006*, Bs. As., PIMSA, 2007.

¹⁸ Ver CONTRERAS, Gustavo N.: “Las huelgas ferroviarias durante el primer gobierno peronista, Argentina, 1950-1951”, en Muñoz Rubio, Miguel (compilador), *Organizaciones obreras y represión en el ferrocarril: una perspectiva internacional*, Fundación de los Ferrocarriles Españoles, Madrid, 2011.

¹⁹ Ver CONTRERAS, Gustavo N.: “En río revuelto ganancia de pescador. El gremio marítimo y el peronismo. Un estudio de la huelga de 1950”, en *Revista de Estudios Marítimos y Sociales N° 1*, Mar del Plata, 2008.

²⁰ Ver CONTRERAS, Gustavo N.: “El personal de la administración pública nacional y sus proyecciones político-sindicales durante el primer gobierno peronista (1946 -1955)”, en DICOSIMO, Daniel y SIMONASSI, Silvia (compiladores), *Trabajadores y empresarios en la Argentina del siglo XX. Indagaciones desde la historia social*, Prohistoria, Rosario, 2011.

En una época de crisis económica, en la que el tema de la productividad del trabajo comenzaba a ser prioritario para el gobierno, la cuestión salarial no era tan problemática como las intenciones del movimiento obrero de seguir avanzando en nueva legislación más favorable sobre las relaciones laborales. De modo inverso, era previsible que los trabajadores entendieran que en una coyuntura de creciente inflación, los aumentos de sueldos eran importantes pero no eran un reaseguro eficiente para mejorar su situación a mediano plazo. En cambio, la legislación de estabilidad, vacaciones, salario mínimo, escalafón, indemnización por despido, régimen jubilatorio, reglamento de comisiones internas, etc., les garantizaban condiciones más favorables para las labores cotidianas y con miras al futuro, más allá de mejoras en los salarios. Los sindicalistas no desconocían que el gobierno había accedido a muchas de estas propuestas desde 1944 hasta 1948, aunque, como indicó Doyon, en ese periodo también había mostrado más predisposición hacia los reclamos salariales que hacia las sanciones legislativas. De hecho, muchas de estas últimas seguían pendientes. Pese a ello, el gobierno había sido suficientemente permeable a la presión del movimiento obrero, por las propias fuerzas desplegadas como por las necesidades oficialistas de ganar y mantener su apoyo político. En este sentido, podríamos asistir en el nuevo contexto, abierto por la crisis económica y la polarización de los posicionamientos políticos, más a un cambio de actitud de las patronales y el gobierno frente a las demandas obreras que a una mutación del programa político-sindical de los trabajadores y sus organizaciones. Ciertamente, las demandas salariales y de legislación de las relaciones laborales estaban en el centro de los reclamos más significativos del ciclo 1949 – 1951.

En segundo lugar, habría que relativizar la sentencia de la pérdida de relevancia de la conflictividad obrera en ese período respecto a los tres años que le precedieron. Doyon señala que las huelgas fueron “pocas pero importantes”. Pero, ¿en qué sentido fueron “importantes”? En principio podríamos reconsiderar dos cuestiones referidas a “importantes”. Por un lado, señalar que fueron relevantes desde un punto de vista cualitativo, ya que en la nueva coyuntura entraron en discusión la política económica del gobierno, modelos organizacionales, perspectivas político sindicales y fuertes disputas por la dirección del movimiento obrero al interior de las fuerzas peronistas. Por otro lado, más allá de que el número de huelgas fue menor, no por ello dejaron de ser significativas en términos cuantitativos. Es cierto que la cantidad de huelgas, huelguistas y jornadas perdidas disminuyó en términos absolutos. Sin embargo, si a estas variables clásicas en el estudio de la conflictividad obrera las relacionamos entre sí, obtenemos resultados diferentes. Al calcular la cantidad de huelguistas por huelga, el año 1950 se ubica solo por debajo de los años 1947 y 1954, mientras que si observamos la cantidad de jornadas perdidas por huelga, 1950 se presenta por encima de los años 1946-1948 y sólo se ve superado por el ciclo de 1954. Se pueden corroborar datos en este sentido (ver columnas H e I

del cuadro 1). Ahora, si consideramos los salarios perdidos medidos en miles de pesos, en 1950, los números son los más altos del período 1943 – 1955 (ver columna G del cuadro 1). El dato sin dudas no es menor. Si sospecháramos de la inflación como una variable distorsiva respecto al período anterior, hay que señalar entonces que de todos modos el valor es superior a los guarismos que indican las pérdidas ocasionadas por los significativos conflictos de 1954.

Por otra parte, no puede evadirse que la cantidad de huelguistas involucrados está aún más limitado en las estadísticas para los años 1949 y 1950, dado que los gremios más movilizadas tenían claramente una jurisdicción que excedía largamente la geografía capitalina; nos referimos a frigoríficos, azucareros, marítimos, bancarios, ferroviarios o la huelga general de Salta en 1949...²¹ Si recordamos que los cuatro primeros excedían los 50.000 afiliados y la UF superaba los 150.000, su participación difícilmente se haya reducido en conjunto a 29.000 huelguistas en 1949, 97.000 en 1950 y 16.400 en 1951. La carencia de estadísticas nacionales, claramente, limita nuestras posibilidades de captar en toda su magnitud la conflictividad desarrollada entre 1949 y 1951, situación que también fue percibida por Doyon.

Otro aspecto a repensar está vinculado a la notoria caída de los instrumentos de regulación de los conflictos laborales utilizados por el estado. Ello podría estar indicando una merma de la conflictividad obrera, pero también una menor predisposición del gobierno a acceder a las demandas proletarias; es decir, tal vez el contenido y la forma de los reclamos obreros no varió tanto como lo hizo la orientación del gobierno al respecto. Es decir, podrían haber disminuido más que proporcionalmente las regulaciones estatales de los conflictos que las propias huelgas o protestas obreras. Lamentablemente la serie sobre “los instrumentos de regulación de trabajo” se corta en 1950, impidiendo la visualización del período completo (ver columna F del cuadro 1). De todos modos, es probable que la implacable represión de la huelga ferroviaria en enero de 1951 encuentre su razón última en la decisión del Ejecutivo Nacional de generar un episodio aleccionador que frenase una conflictividad laboral que no disminuía pese a la insistencia de la prédica oficialista en este sentido en un cambio de contexto económico y político. La creciente represión y la acentuación del autoritarismo, entonces, lejos de expresar la caída de la protesta obrera puede estar mostrando, por el contrario, la necesidad de recurrir a fuertes recursos disciplinadores para imponer una línea política en una situación que mantenía altos niveles de conflictividad.

²¹ Para las huelgas azucareras ver RUBINSTEIN, Gustavo: *Los sindicatos azucareros en los orígenes del peronismo tucumano*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 2006, y GUTIERREZ, Florencia: “La dirigencia de FOTIA y los sindicatos de base: tensiones y conflictos en el proceso de sindicalización azucarera. Tucumán, 1944-1955”, en GUTIÉRREZ, Florencia y RUBINSTEIN, Gustavo (comps.), *El primer peronismo en Tucumán. Avances y nuevas perspectivas*, Tucumán, EdUNT, 2012; para las huelgas bancarias de 1948 y 1950 ver ACHA, Omar: *Las huelgas bancarias en los tiempos de Perón y Frondizi, (1945-1962)*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2008; para la huelga general de 1949 en Salta ver SÁNCHEZ, Gabriela y ABRAHAN, Carlos: “Huelga General. Salta, abril de 1949”, *Razón y Revolución N° 16*, Buenos Aires, 2006.

Desde otra óptica, si los números muestran una caída de la cantidad de huelgas y huelguistas en la Capital Federal, en términos cualitativos los conflictos sindicales de 1949-1951 (gráfico, azucarero, bancario, marítimo, frigorífico y ferroviario) pueden ser considerados como los más complicados que tuvo que enfrentar el gobierno peronista, por el carácter de las demandas, su masividad, su extensión en el tiempo, las jornadas perdidas, las características de las ramas de actividad implicadas, el tipo de sindicatos y los intereses en disputa en un clima económico y político delicado. En este sentido, fueron “pocas pero importantes”.

Al rastrear el tipo de organizaciones y militantes que participaron de las huelgas, es también discutible la diferenciación que percibe Doyon entre los conflictos sindicales de 1946-1948, asumidos por organizaciones legalmente reconocidas y trabajadores mayoritariamente peronistas, y los de 1949 - 1951, pergeñadas por militantes opositores al gobierno por fuera de los organizaciones legalizadas conducidas por peronistas. Y ello habría que revisarlo por dos cuestiones: por un lado, muchas de las huelgas importantes fueron promovidas entre 1949 y 1951 por direcciones sindicales legalmente constituidas; los casos de los azucareros (la Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar –FOTIA-), los frigoríficos (FGPICDyA) y los marítimos (CGGMA) así lo muestran. Incluso, no es un dato menor que las primeras dos se identificaran como peronistas mientras que la última, sin hacerlo expresamente, mantenía muy buenas relaciones con el gobierno. Por otra parte, en las comisiones “paralelas” de huelgas de los gremios gráficos, bancarios y ferroviarios participaban muchos trabajadores peronistas, que junto a activos militantes opositores, se diferenciaban de las direcciones sindicales peronistas de la FGB, la Asociación Bancaria y la UF. No deja de ser cierto el interés de un número importante de militantes antiperonistas por promover conflictos que complicasen al gobierno y al mismo tiempo generaran una contradicción entre la identidad obrera y la identidad peronista, pero ello no niega la amplia participación de trabajadores peronistas motivados por perspectivas propias, como podían ser la actualización salarial, mejoras en la regulación de las condiciones laborales, la crítica a la conducción político-sindical de su gremio o la demanda de una revisión de las políticas económicas del gobierno.

Lo cierto es que múltiples aspectos se cruzaron en las disputas del trienio. De hecho, en el conflicto ferroviario de 1950–1951 es probable que se estuviera discutiendo la orientación y el contenido del sindicalismo peronista en general, donde los dirigentes de los gremios cegetistas se enfrentaron tanto a manifestaciones autónomas del sindicalismo peronista (la FGPIDCDyA, la FOTIA y a su modo la CGGMA-) como a un proyecto político sindical particular encabezado por altos funcionarios del Estado (la Confederación del Personal Civil de la Nación –CPCN-), que incluía entre sus principales figuras al ministro de transportes, Juan Castro, y al propio presidente Perón, quién era el primer afiliado de la entidad. En aquella oportunidad, varias figuras del Ejecutivo

Nacional intervinieron con su perspectiva propia, incluso con dudosos instrumentos legales para imponer su orientación. En el desenvolvimiento de los hechos, finalmente, fue el secretariado de la CGT el que presionó a Perón para que corriera a Castro y terminara con el proyecto de la CPCN. En esa jugada, la CGT se impondría frente a los jefes estatales y ante las fracciones huelguistas, y al mismo definía un perfil organizativo y político-sindical tendencialmente a su medida. De igual modo, lo había hecho frente a los proyectos de un sindicalismo peronista autónomo a lo largo del año 1950. Para ello no había escatimado en la utilización de los recursos del estado y de un gobierno del que formaban parte.

Con los resultados de nuestra investigación podemos afirmar que la batalla organizativa fue central en aquella conflictiva coyuntura y que su mismo desarrollo pone en cuestión varios puntos nodales de las interpretaciones iniciales sobre la organización del sindicalismo durante el gobierno peronista. Frente a la imagen proyectada de un movimiento obrero monolítico, burocratizado y pasivo constituido en apéndice del estado, nos encontramos con un panorama sustancialmente distinto. Sin lugar a dudas, varios gremios importantes, la CGT y encumbrados miembros del gobierno tenían conceptos encontrados sobre el rol, la función y la orientación que debían asumir los sindicatos peronistas en aquel momento. Y esta situación, sin lugar a dudas, fue un factor de suma relevancia que estimuló la “importante” conflictividad del período.

El ciclo de 1954 y el Congreso de la Productividad de 1955

Para comprender los últimos años de la participación obrera durante el primer gobierno peronista, Doyon señala que desde 1948 se había dado un proceso de burocratización, acompañado de una significativa caída del número de reuniones sindicales así como de sus asistentes (esto puede verse en el cuadro 2). La tendencia a la baja fue interpretada como muestra de un proceso en el que las cúpulas se alejaban de las bases y entraban en una lógica propia, partidaria y estatista; al mismo tiempo se sumaban a una perspectiva oficialista que buscaba desmovilizar a los trabajadores y al pueblo, abogando por el renunciamiento a ocupar espacios de poder y por la disciplina.²² El Plan Político de 1951 así lo preveía.²³ La citada tendencia desactivadora y el incremento de los controles por parte de las conducciones sindicales establecidas, habrían preparado el terreno para el

²² De todas maneras es improbable que las conclusiones a las que arriba Doyon puedan inferirse de la variación en el número de reuniones sindicales por año. Por un lado, por las limitaciones de la fuente, y por el otro, porque la relación no necesariamente es directa ya que, por ejemplo, el año con más huelgas y huelguistas (1948) se corresponde con el momento de una caída de las reuniones sindicales respecto a los 5 años precedentes, y de los asistentes con referencia a los dos años anteriores. Es cierto que si calculamos la cantidad de participantes por reunión, el año 1948 se ubica en primer lugar, pero también hay que considerar que esta relación se mantuvo más estable, con menos variaciones interanuales e incluso con una tendencia levemente en alza, tendencia que contradice las primeras apreciaciones sobre la cuestión (ver cuadro 2 y gráfico 4).

²³ EICKHOFF, Georg: “El 17 de octubre al revés: La desmovilización del pueblo peronista por medio del renunciamiento de Evita”, *Desarrollo Económico* N° 142, Buenos Aires, 1996.

lanzamiento del Plan de Emergencia, el 18 de febrero de 1952. El ejecutivo nacional aumentó los salarios entre un 40% y un 80% respecto a los valores de 1949 y propuso el ajuste de algunos precios, que llegarían a subir hasta el 38,7%.²⁴ Desde ese momento, por dos años, ni unos ni otros debían variar. En este marco, se suspendieron las negociaciones colectivas de trabajo y se continuó con una fuerte campaña contra las huelgas.

Era, sin dudas, un plan de estabilización económica. El objetivo era cortar el espiral inflacionario, situación que finalmente se lograría cuando la misma se incrementó sólo un 4% en 1953 y un 3,8% en 1954. Se promovía, a su vez, el ahorro y la austeridad, mientras se afirmaba que los futuros aumentos de salarios quedarían supeditados al incremento de la productividad del trabajo: “Es que la productividad - dirían Gerchunoff y Antúnez- tiene un don mágico: podía hacer que, al mismo tiempo, los salarios fueran altos y los costos laborales bajos”²⁵ Aunque los actores de la época tenían claro que no era lo mismo aumentar la productividad a partir de la innovación tecnológica y la incorporación de nuevas maquinarias, que hacerlo con las instalaciones existentes a costa de una mayor esfuerzo de los trabajadores. La crisis que atravesaban las arcas públicas y las dificultades para obtener divisas, y con ellas materiales importados, auspiciaban la última opción, pero la dependencia gubernamental del apoyo obrero, por lo menos en el plano electoral, la hacía difícil de implementar.²⁶ Sobre todo en una coyuntura en la que el líder justicialista se había distanciado de importantes sectores militares y eclesiales, recibía reproches por parte de los industriales y donde los partidos políticos opositores habían agudizado sus críticas. En este contexto, el movimiento obrero seguía siendo su apoyo político y social más importante (las elecciones vicepresidenciales de 1954 así lo confirmaban) y el gobierno no tenía margen para avanzar demasiado contra sus intereses más inmediatos.

En 1952, la caída del salario real había sido del 11,3% respecto a 1949 y ello preocupó a ciertos sectores del movimiento obrero. En 1953, los gráficos emprendieron una notoria huelga y Luz y Fuerza impulsó un congreso contra la carestía de la vida, invitando a la CGT y dejando ver entrelíneas una crítica a la política económica oficial.²⁷ No obstante, aquel año comenzó a transitarse cierta recuperación económica que estimuló notablemente las reuniones sindicales y la participación

²⁴ MAINWARING, Scott: “El movimiento obrero y el peronismo, 1952 -1955”, *Desarrollo Económico* N° 84, Buenos Aires, 1982.. En 1953 los precios aumentarían un 4,0 %, mientras que en 1954 lo harían 3,8 %.

²⁵ GERCHUNOFF, Pablo y ANTÚNEZ, Damián: “De la bonanza...”, op. cit., pág. 191.

²⁶ El gobierno nacional buscó resolver el problema de la escasez de divisas mediante la promulgación de una ley que favorecía la radicación de capitales extranjeros. Pero su sanción lejos estuvo de solucionar la cuestión. Por otra parte, cuando en abril de 1955 inició negociaciones con la Standar Oil de California para extraer petróleo del territorio patagónico y con ello paliar la crisis de combustible que aquejaba a la industria nacional, el proyecto no prosperó en la legislatura luego del veto de los opositores y los reparos de los sectores nacionalistas del peronismo. Ver GERCHUNOFF, Pablo y ANTÚNEZ, Damián: “De la bonanza...”, op. cit.

²⁷ El 12 de noviembre, Perón criticó en un discurso que los obreros gráficos negociaron directamente con los patrones para lograr incrementar sus salarios, sorteando de este modo las indicaciones del Plan de Emergencia. MAINWARING, Scott: “El movimiento obrero...”, op. cit., pág. 521.

obrero en las mismas (ver cuadro 2); no podía evadirse que en marzo de 1954 se abriría la posibilidad de pedir negociaciones colectivas de los contratos de trabajo.²⁸ Distintos gremios se movilizaron con este fin y las propuestas comenzaron a proliferar. Las demandas salariales se expandieron a amplios sectores del proletariado y la CGT percibió que no podría frenar el descontento ni evitar los reclamos y las huelgas (si así se lo hubiera propuesto para cumplir con los acuerdos del Plan de Estabilización aunque éste ya estaba en su plazo final); de hecho, varias de las direcciones de sus sindicatos afiliados se pusieron a la cabeza de las peticiones, al menos inicialmente. La creciente burocratización y el verticalismo, ya referidos, por los que transitaba el movimiento obrero, entonces, no se habrían extendido a toda la estructura de los sindicatos como para impedir que los trabajadores activaran a través de las comisiones internas y los cuerpos de delegados generando propuestas sectoriales.²⁹

El gobierno nacional pronto descubrió que se encontraba en una situación incómoda y difícil de arbitrar; los empresarios y los trabajadores tenían posiciones abiertamente encontradas. No podía salir a apoyar a los industriales o a los trabajadores, ya que ello acarrearía un alto costo político y desvirtuaría sus esfuerzos en pos del anunciado desarrollo conjunto y armonioso del capitalismo nacional, la productividad y la justicia social. Más aún cuando los opositores se habían envalentonado y el conflicto social corroía las fuerzas de la propia alianza peronista. Frente al contradictorio panorama, el presidente decidió retirarse de las negociaciones, declarando que el estado no intervendría.³⁰ El gobierno nacional adoptó una posición prescindente como no lo había hecho desde sus inicios. ¿Era una muestra de debilidad relacionada a sus posibilidades de disciplinar al movimiento obrero?

En 1954, mediante el trabajo a reglamento, a desgano y huelgas, obreros petroleros privados, lecheros, textiles, del tabaco, el calzado, del vidrio, del cemento, metalúrgicos y del caucho, transporte automotor urbano, bancarios, hospitalarios, portuarios y del seguro, por lo menos, presentaron sus reclamos: aumentos salariales, rechazo a las intenciones de aumentar la productividad a costa de mayor explotación obrera, negativa a la propuesta de atar el aumento salarial al aumento de la productividad, defensa de la regulación legal del trabajo vigente y custodia de las prerrogativas obtenidas por las comisiones internas de fábricas y los delegados sindicales. Considerando estas demandas, las jornadas del '54 finalizarían con un resultado global favorable a

²⁸ En 1949-1952, el PBI creció un -0,55% y el consumo un 2,23%, mientras que entre 1953 y 1955, el PBI creció un 5,49% y el consumo un 5,36%. GERCHUNOFF, Pablo y ANTÚNEZ, Damián: "De la bonanza...", op. cit., pág. 198. Por otra parte, aquel año se sancionaba la Ley 14.250 que reglamentaba los convenios colectivos de trabajo.

²⁹ La importancia de las Comisiones Internas fue visualizada inicialmente por JAMES, Daniel: *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990 y DOYON, Louise: *Perón y los...*, op. cit. y fue retomada por los recientes trabajos de Schiavi, Fernández, e Izquierdo ya citados.

³⁰ MAINWARING, Scott: "El movimiento obrero...", op. cit., pág. 522.

los trabajadores, más allá que no se cumplieron todos sus anhelos y que en algunos casos los empresarios lograron introducir algunas de sus demandas en los convenios colectivos.³¹

En el análisis de la conflictividad laboral de 1954 debemos señalar que se muestra poco significativa en cantidad de huelgas (18), de hecho sólo en 1952 fueron anotadas menos huelgas (14). Sin embargo, el número de huelguistas y la cantidad de jornadas perdidas lo ubican entre los 5 años más conflictivos, mientras que fue el año que más acciones de protesta registró del tipo brazos caídos, paros y trabajo a reglamento. Y si sumamos a los implicados en estas últimas acciones junto a la cantidad de huelguistas, 1954 es el año más conflictivo entre 1943 y 1955. El mismo resultado obtenemos si relacionamos cantidad de huelguistas por huelga y jornadas perdidas por huelga, mientras que midiendo salarios perdidos 1954 se encuentra en segundo lugar, luego de 1950 (ver cuadro 1).

A juzgar por estos datos, el ciclo de 1954 tuvo un alto nivel de conflictividad. Ahora, ¿cómo relacionar concretamente este panorama con la situación económica y de los propios trabajadores? Es decir, ¿cuál pudo haber sido la incidencia de la protesta obrera? En términos económicos, luego de las huelgas de 1954 los salarios reales aumentarían un 12 % respecto a los registrados en 1952. Mainwaring, pensando desde una perspectiva general, señala que “si se toma en cuenta la gravedad de la recesión, la política salarial no fue del todo desfavorable. En 1952 -55 la participación obrera en el PBN fue significativamente mayor (49,1%) a la del período 1946-48 (41,0%) y algo superior a la de 1949-51 (48,3%). Lo que se estaba contrayendo era la torta y no la participación de los trabajadores en la misma”.³² La tendencia es similar a la señalada por Gerchunoff y Antúnez, aunque los porcentajes varían levemente. Para estos autores, la participación de los trabajadores en el ingreso fue la siguiente: 1940-1945: 37,3%; 1946-1948: 39,42%; 1949-1952: 46,52%; 1953 -1955: 46,72%.³³ Es interesante notar que la tendencia en alza en ambos registros para toda la década del gobierno peronista.

Volviendo a las protestas y huelgas de 1954, es para destacar que adquirieron notoriedad e importancia, paralizaron distintos ámbitos de la producción e, incluso, estimularon manifestaciones en las calles. En pocos meses se sucedieron conflictos en distintas ramas de actividad, enmarcados en unas negociaciones colectivas de trabajo que se desarrollaron más o menos simultáneamente. Los reclamos se dirigieron centralmente contra los empresarios y no contra el gobierno. Lo cierto es que pocos meses antes lo habían vuelto a elegir por un amplio margen. “Ahora bien - indica Doyon -, el hecho de que hubieran ratificado que el peronismo seguía siendo su única alternativa política válida

³¹ KABAT, Marina: “Resistencia obrera...”, op. cit.

³² MAINWARING, Scott: “El movimiento obrero...”, op. cit., pág. 519.

³³ Ver GERCHUNOFF, Pablo y ANTÚNEZ, Damián: “De la bonanza...”, op. cit., pág. 199.

no significó que los trabajadores estuvieran dispuestos a acatar ciegamente su políticas”.³⁴ La aclaración no deja de llamar la atención. Si no la hacían en 1954, ¿por qué suponer que los trabajadores lo habrían hecho antes? En todo caso, la afirmación podría pensarse como una constante en la acción de los trabajadores durante el gobierno peronista.

Las movilizaciones obreras, entonces, podrían estar expresando también una crítica, al menos implícita, a la reorientación de la política económica del gobierno y a su disminuida predisposición para acceder a las reivindicaciones obreras de la hora. La historiografía dedicada al tema sostiene que esta crítica, a su vez, probablemente se hizo extensiva a las cúpulas sindicales. Así cuando los dirigentes cegetistas intentaron calmar el descontento laboral para evitarle una parte de los problemas al ejecutivo nacional, las bases obreras también reaccionaron contra este posicionamiento, pidiendo que los líderes sindicales respondieran en primer término a los deseos y decisiones de las bases obreras. Esta situación motivó a Doyon a identificar, para el período, un enfrentamiento principal entre las bases y los burócratas sindicales. Los primeros actuaban siguiendo reclamos nacidos de la discusión con sus compañeros de trabajo, mientras que los segundos lo hacían obedeciendo órdenes estatales y partidarias estipuladas por el líder justicialista.³⁵

El esquema bases obreras versus burocracia sindical ha sido suficientemente efectivo para explicar ciertos ejes de los conflictos laborales y de la dinámica gremial, pero entendemos que encuentra limitaciones para comprender parte de las prácticas y los programas político-sindicales que se filtran en cada polo, más allá de ciertas características derivadas de su ubicación institucional y cuestiones de método.³⁶ En las protestas de 1954 no debería ignorarse la fuerte presencia de militantes peronistas y de izquierda activando en los comité de huelgas basales, que si bien priorizaban consignas económicas, también perseguían fines político-sindicales que excedían la jurisdicción del lugar de trabajo; mientras que tampoco sería justo desconocer que varias direcciones sindicales cegetistas acompañaron ciertas reivindicaciones puntuales compartidas por las bases y en esta acción expresaban representatividad y cierto grado de autonomía respecto al ejecutivo nacional.

Por otra parte, no nos conforma la recurrente formula que plantea que cuando la CGT encabezaba los reclamos obreros lo hacía por presión de las bases y cuando disciplinaba a sus

³⁴ DOYON, Louise: *Perón y los trabajadores...*, op. cit.

³⁵ DOYON, Louise: *Perón y los trabajadores...*, op. cit. El mismo razonamiento en la explicación de los conflictos de 1954 siguieron MAINWARING, Scott: “El movimiento obrero...”, op. cit.; SCHIAVI, Marcos: *La resistencia...*, op. cit.; e IZQUIERDO, Roberto: *Tiempo de trabajadores...*, op. cit.

³⁶ El número 7 de la revista *Nuevo Topo* agrupó en un dossier dedicado al tema de la burocracia sindical varias intervenciones que revisan las interpretaciones tradicionales del término. Ver particularmente GHIGLIANI, Pablo y BELKIN, Alejandro: “Burocracia sindical: aportes para una discusión en ciernes”; PÉREZ ÁLVAREZ, Gonzalo: “Retomando un viejo debate: bases, direcciones, sindicatos y estrategias obreras”; y RAIMUNDO, Marcelo: “Burocracia y democracia sindical: necesidades y herejías”, *Nuevo Topo* N° 7, Buenos Aires, Prometeo, 2010.

adherentes actuaba como masa de maniobra del líder (del estado y del partido).³⁷ Este tipo de explicación es más bien tautológica: si la CGT toma una decisión que al observador le parece legítima, ello, entonces, es mérito de la presión de las bases (democráticas y combativas), si elige un camino que no lo convence al estudioso, ello demuestra, por lo tanto, que es agente del estado y el capital (verticalista y burocrática), que es ajena a la clase obrera. En todo caso, todavía no ha sido recorrido el camino dialéctico que indica que la dirección de la CGT tenía también sus propias perspectivas frente a las bases obreras y a sus filiales gremiales, por un lado, y hacía el interior del gobierno y ante Perón, por el otro. Su rol mediador entre el estado y las masas proletarias todavía admite mayor complejidad. La CGT no sólo recibía presiones de abajo y de arriba, sino que también ejercía presiones hacia arriba y hacia abajo. La central obrera fue permeable a las presiones de las bases y del gobierno pero, en ocasiones, también pudo imponer su impronta a ambos espacios. Allí su rol de coordinadora de múltiples organizaciones de distintas ramas de actividad y su participación como tal en el gobierno. Podrá acordarse o no con la orientación de la CGT, es lícito incluso historiográficamente, pero sería impreciso e injusto negar la posibilidad de este modo de accionar.

Así, la central obrera pudo ser abanderada en la promoción del Congreso Nacional de la Productividad y el Bienestar Social a pedido de Perón, apostando a recomponer la idea básica del plan de estabilización luego de la extendida conflictividad laboral de 1954 que había provocado retaceos en los apoyos de los industriales al oficialismo; pero también pudo, en marzo de 1955, en las sesiones del congreso, expresar claramente su fuerte negativa a acceder a los reclamos patronales que también auspiciaba el gobierno.³⁸ ¿Alcanza con decir que primero fue permeable a las órdenes del gobierno, y luego a la presión de las bases? ¿O qué primero mostró su esencia burocrática y luego cedió tácticamente ante las demandas de las bases obreras para obtener cierta representatividad que le permitiera seguir ejerciendo su tarea disciplinadora? ¿No podríamos suponer que la CGT también tenía su propia estrategia hacia ambos espectros, marcando una línea de intervención propia y consensuada en sectores significativos del movimiento obrero? No es poco probable que la CGT (y

³⁷ “Si bien en la mayoría de los conflictos la decisión de pasar a la acción fue promovida por las comisiones internas, los líderes de los sindicatos nacionales procuraron no quedarse atrás, conscientes de que no podían sobrevivir al frente de sus respectivas organizaciones sin un mínimo de respaldo de sus bases. A pesar de lo que se dijo antes con relación a los efectos desmovilizadores del proceso de burocratización sindical, la actitud de los dirigentes en esta coyuntura fue un *reflejo* de los nuevos tiempos que vivía el movimiento obrero...”, DOYON, Louise: *Perón y los trabajadores...*, op. cit., pág. 385. Las *inclinadas* son mías.

³⁸ Sobre dicho congreso ver GIMÉNEZ ZAPIOLA, Marcos y LEGIZAMÓN, Carlos: “La Concertación peronista de 1955: El Congreso de la Productividad”, en TORRE, Juan Carlos: *La formación del...*, op. cit.; y BITRÁN, Rafael: *El Congreso de la Productividad. La reconversión económica durante el segundo gobierno peronista*, Buenos Aires, EL Bloque editorial, 1994. Analizando la conflictividad de 1954 en relación al Congreso de la Productividad de 1955, Kabat concluyó que “el empresariado observa cómo el evento concluye sin que se tomara ninguna resolución positiva sobre los puntos que le preocupaban: no se reglamentan las comisiones internas, ni se toman medidas concretas para el desarrollo de sistemas de estímulo a la productividad ni se toman resoluciones contra el ausentismo obrero. Tampoco se avanza en la revisión del sistema de categorías laborales y las normas que frenaban la reasignación de funciones a los obreros dentro de las plantas”, KABAT, Marina: “Resistencia obrera...”, op. cit.

a través de ella el movimiento obrero) haya desarrollado con cierto éxito su propia estrategia tendiente a mantener posiciones en el gobierno y a gestionar la defensa y/o mejoras en las relaciones laborales, incluso hacia el final del gobierno peronista. En todo caso, lejos de la pasividad y la mera burocratización, la recurrente conflictividad sindical que pudimos reseñar a lo largo de todo el período parece haber sido un factor necesario, y por lo tanto buscado y recreado por parte de las organizaciones obreras, para realizar esta compleja perspectiva que redundó en reivindicaciones concretas y cuotas de poder a favor de los trabajadores durante el primer gobierno peronista.

A modo de conclusión

La ponencia propone una reflexión sobre los ciclos de la participación sindical del movimiento obrero durante el primer peronismo. Para desarrollar la tarea recurrimos a datos cuantitativos y cualitativos así como a la vinculación de tres variables: la situación política, el contexto económico y la protesta obrera. Mediante este abordaje pretendimos observar continuidades, variaciones y tendencias en los ciclos de la participación de los trabajadores, considerando información referida a los salarios, la reglamentación de las condiciones de trabajo, el marco institucional en el que se desarrollaron las demandas y el lugar ocupado por las propias organizaciones sindicales. A su vez, nos interesó relacionar del algún modo el devenir de los ciclos de la participación obrera con el derrotero de la alianza peronista en el gobierno. De todos modos, aclaramos desde el inicio que el objetivo era ambicioso y que los materiales para el análisis presentaban importantes dificultades, particularmente los datos provistos por las estadísticas. No obstante, nos decidimos a: avanzar en el planteo del problema, ponderar los varios elementos cualitativos que nos brinda el estado del conocimiento sobre el tema y relacionar de otro modo los datos cuantitativos disponibles para pensar en la viabilidad o no de nuevas posibilidades interpretativas. En este apartado final, intentaremos una mirada de conjunto, recuperando algunas apreciaciones realizadas sobre los ciclos.

Mencionábamos que la historiografía inicial percibió un notable descenso de la participación de los trabajadores en las actividades sindicales y en la protesta laboral a lo largo de la década peronista. Si observamos el número de huelgas (A), la cantidad de huelguistas (B) y las jornadas perdidas (C) corroboramos dos situaciones. Por un lado, la activación sindical sigue una línea ascendente en los años 1946-1948, que baja notablemente en 1949 y que solo se recupera en 1950 para volver a caer abruptamente hasta gozar de cierta significación recién en 1954, aunque por debajo de la curva lograda en los años 1946-1948. Por el otro lado, si marcamos la tendencia de cada una de estas variables, la línea que obtenemos en los tres casos es de carácter descendente (ver gráfico 1). El número de reuniones sindicales reproduce una silueta similar (ver gráfico 4). Con estos registros podemos darle validez a la impresión de creciente pasividad y burocratismo del movimiento

obrero, donde su activación gremial se iría apagando lentamente luego de que el gobierno accediera en los primeros años a sus reclamos de carácter económico y aplicara un esquema autoritario y verticalista a medida que se consolidaba en el poder, desmovilizando la militancia obrera.

Sin embargo, los resultados que obtuvimos en la elaboración de la tesis doctoral y algunos avances logrados por recientes investigaciones nos presentan un panorama algo distinto, y esta situación nos estimuló a retomar la indagación del tema considerando otros aspectos o, tal vez, los mismos aspectos desde otro ángulo. El análisis detallado de distintas huelgas por rama de actividad sucedidas en 1949-1951 y 1954 mostró la relevancia de las mismas, pero esta importancia no se apreciaba en la mirada de conjunto sobre la evolución de la protesta y la participación de los trabajadores en la década peronista. Partiendo de esta contradicción, comenzamos a buscar nuevas correlaciones de datos. Fue en el marco de esta indagación que recurrimos a la consideración de los salarios perdidos (G), la cantidad de huelguistas por huelgas (H) y las jornadas perdidas por cada huelga realizada (I), y sorprendentemente no sólo variaron las siluetas de las curvas, sino que la recta que dibuja la tendencia de cada variable se tornó ascendente (ver gráfico 2). Y esta perspectiva no deja de ser llamativa y sugerente, pero es congruente con muchos de los resultados logrados en los estudios de caso. Es decir, durante el primer gobierno peronista, a medida que pasan los años, las estadísticas indican que tiende a haber menos huelgas y menos cantidad de huelguistas, se pierden menos jornadas de trabajo y se realizan menos reuniones sindicales por año; pero si consideramos cada huelga, tiende a aumentar la cantidad de huelguistas y las jornadas perdidas, y de igual modo lo hace la cantidad de participantes por cada reunión sindical (ver gráfico 4). Los salarios perdidos confirman la tendencia, lo mismo que el cálculo sobre participantes en todo tipo de conflictos (E). Podríamos decir que las protestas tienden a disminuir en cantidad y a incrementarse en calidad; tendencialmente cada año son menos pero son más importantes (ver gráfico 3 y gráfico 5).

Con este panorama, podríamos arriesgar que son menos organizaciones pero más centralizadas y de mayor tamaño las que participan en las protestas sindicales. ¿Se podrá inferir de esto la creciente importancia que fue adquiriendo la CGT? De igual modo, a juzgar por los salarios perdidos (G) y los participantes en todo tipo de conflictos (E), se puede suponer una extensión más prolongada en el tiempo de cada conflicto sindical. Analizando las demandas que reseñamos como motivos de las huelgas, es probable que las peticiones obreras centradas en el salario, las condiciones laborales y la legislación de las relaciones del trabajo no variaran tanto como la predisposición del gobierno y las patronales a resolverlas con la celeridad que lo hicieron en el ciclo 1946-1948, situación que podría explicar la mayor duración de las protestas tendencialmente. En este sentido, puede suponerse que la crisis económica iniciada en 1949 contextualizó el comienzo o la profundización de una tensión al interior de la alianza peronista al reducir las posibilidades del

gobierno y los empresarios para acceder a las demandas obreras, al mismo tiempo que empujaba a los sindicatos a reclamar actualizaciones salariales y mejoras en las condiciones laborales. A la inversa, la polarización política con los opositores antiperonistas habría actuado como un amortiguador de unas tensiones internas en la alianza peronista que parecieron ir agudizándose.

1949, en el gráfico 5, se distingue como un punto de inflexión, como una bisagra, en el que se cruzan las tendencias con sentido inverso. En esta lectura del proceso, la peronización de los trabajadores se torna compatible con altos y crecientes niveles de conflictividad sindical (más en profundidad que en extensión) y con el mantenimiento de cierto contrapunto con el ejecutivo nacional (ver gráfico 5). Y esto sobre todo si reconocemos que las tendencias ascendentes señaladas se correspondieron también con una tendencia porcentual a la alza en lo referido a la participación obrera en el Producto Bruto Nacional, como señalaron Mainwaring y Gerchunoff y Llach. Así, un mayor grado de conflicto sindical no necesariamente implicaría la antesala del divorcio entre la clase obrera y el peronismo, sino que la situación parece incluso presentarse en sentido contrario. De todas maneras, sigue siendo endeble nuestra información para confirmar estas presunciones, no obstante el ejercicio realizado no deja de ser estimulante para seguir pensando la participación de los trabajadores durante el gobierno peronista.

ANEXO de CUADROS y GRÁFICOS

Cuadro 1. Conflictos laborales en la Capital Federal, 1942 - 1957.

	A	B	C	D	E	F	G	H	I
Año	Nº de huelgas	Nº de huelguistas (por mil)	Nº de días perdidos (por mil)	Brazos caídos, paros y trabajo a desgano (por mil)	Participantes en toda clase de conflictos B+D (1) (por mil)	Instrumentos de regulación del trabajo	Salarios perdidos (en miles de pesos)	B/A	C/A
1942	113	39,8	634,4	-	-	-	-	352	5.614
1943	85	6,8	87,2	-	6,8	8	528	80	1.026
1944	27	9,1	41,4	-	9,1	186	345	337	1.534
1945	47	44,2	509	-	44,2	70	2.865	940	10.830
1946	142	333,9	2.047,6	140,4	474,3	119	14.336	2.352	14.420
1947	64	541,4	3.467,2	264,5	805,9	249	37.652	8.460	54.175
1948	103	278,2	3.158,9	584,3	862,5	255	32.981	2.700	30.669
1949	36	29,2	510,4	271,7	300,9	328	9.577	811	14.178
1950	30	97,0	2.031,8	44,8	141,8	187	64.515	3.234	67.727
1951	23	16,4	152,2	30,4	46,8	-	3.133	713	6.617
1952	14	15,8	313,3	22,4	38,2	-	5.200	1.129	22.379
1953	40	5,5	59,3	24,5	30	-	2.436	138	1.483
1954	18	173, 6/ 119,7 (2)	1.284,5/ 1.449,5(2)	636,8	810,4/	-	57.777	10.212	75.559
1955	21	11,9	144,1	5,7	17,6	-	7.531	567	6862
1956	52	853,9	5.167,3	263,8	1.117,7	-	253.880	16.421	99.371
1957	63	331,7	3.383,7	197	528,7	-	190.678	5.265	53.710

Fuente: Cuadro de elaboración propia en base a: SERVICIO ESTADÍSTICO OFICIAL: “Reuniones sindicales y conflictos del trabajo”, en *Boletín Diario Secreto N° 245*, Ministerio de Asuntos Técnicos – Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 9 de febrero de 1951; SERVICIO ESTADÍSTICO OFICIAL: “Conflictos del trabajo en la Capital Federal”, *Boletín diario secreto N° 1.106*, Secretaria de Asuntos Técnicos, 13 de agosto de 1954, Los datos de 1954, incluyen hasta el mes de julio; SERVICIO ESTADÍSTICO OFICIAL: “Reuniones sindicales y conflictos de los trabajadores”, en *Boletín Diario Secreto N° 988*, Ministerio de Asuntos Técnicos – Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 19 de febrero de 1951; DIRECCIÓN NACIONAL DE ESTADISTICA Y CENSOS: *Anuario estadístico de la República Argentina*, Buenos Aires, Secretaria de Estado de Hacienda –Poder Ejecutivo Nacional, 1957, Págs. 144 y 145; DOYON, Louise: *Perón y los trabajadores...*, op. cit., pág. 252.

Notas: (1) Las estadísticas aclaran que los obreros que han participado en más de un conflicto, por ejemplo: brazos caídos y huelgas, han sido computados solo una vez. (2) Los datos de 1954 que figuran en primer lugar corresponden al *Boletín diario secreto*, que si bien incluye hasta el mes de julio, suman más cantidades que las que señalan Doyon y el *Anuario estadístico de la República Argentina* de 1957, ambos coincidentes entre sí. Los guarismos de 1955-1957 fueron tomados de este último, mientras que los de 1942 del libro de Doyon (pueden consultarse provechosamente sus páginas para visualizar la evolución de la conflictividad desde el año 1925). Finalmente, resta aclarar que la mayoría de los números son similares a los que presenta Doyon en su libro, aunque la revisión de varios ejemplares del *Boletín diario secreto* y el *Anuario de Estadísticas* de 1957 nos ha permitido sumar nueva información.

Cuadro 2. Reuniones Sindicales en la Capital Federal

Años	Número	Concurrentes	Promedio por Reunión
1943	2.530	117.700	47
1944	2.890	217.700	75
1945	4.079	406.600	100
1946	3.858	759.500	197
1947	2.969	680.100	229
1948	1.530	505.500	330
1949	1.182	338.400	286
1950	914	257.300	282
1951	698	167.700	240
1952	740	226.200	306
1953	1.009	316.900	314
1954	1.019	257.306	253

Fuentes: SERVICIO ESTADÍSTICO OFICIAL: “Actividad sindical en la Capital Federal”, en *Boletín Diario Secreto N° 170*, Ministerio de Asuntos Técnicos – Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 16 de octubre de 1950; SERVICIO ESTADÍSTICO OFICIAL: “Reuniones sindicales y conflictos de los trabajadores”, en *Boletín Diario Secreto N° 988*, Ministerio de Asuntos Técnicos – Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 19 de Febrero de 1954. Los datos de 1954 corresponden a DOYON, Louise: *Perón y los sindicatos...*, op. cit., pág. 367. Los números son coincidentes y nuestras fuentes sólo complementan los datos hasta 1947, ausentes en su libro.

Cuadro 3. Salario medio anual por obrero, en todo el país y en la Capital Federal.

Períodos	Todo el país	Capital federal
1946	187	204
1947	264	287
1948	361	395
1949	490	515
1950	594	628
6 primeros meses de 1950	506	511
6 primeros meses de 1951	658	670

Fuente: SERVICIO ESTADÍSTICO OFICIAL: “Salario medio obrero en la Capital Federal”, en *Boletín Diario Secreto N° 441*, Ministerio de Asuntos Técnicos – Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 30 de noviembre de 1951. **Nota:** los salarios están expresados en pesos, e incluyen el sueldo anual complementario. Las fuertes variaciones formuladas en promedios nos hacen suponer que ciertos oficios y otros tantos sectores pudieron haber quedado rezagados de la tendencia general y hayan expresado su descontento por medio de protestas laborales.

Grafico 1. Huelgas, huelguistas y jornadas perdidas

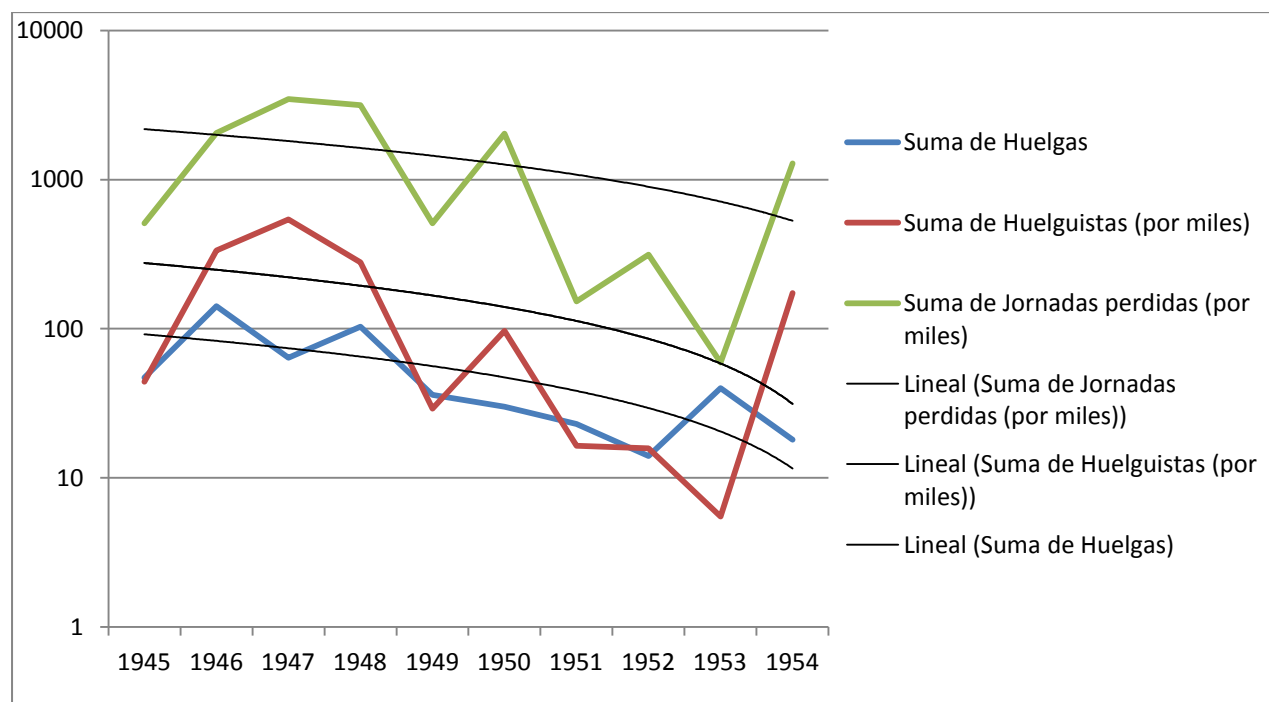


Grafico N°2. Salarios perdidos, participantes en todo tipo de conflictos, cantidad de huelguistas por huelga y cantidad de jornadas perdidas por huelga.

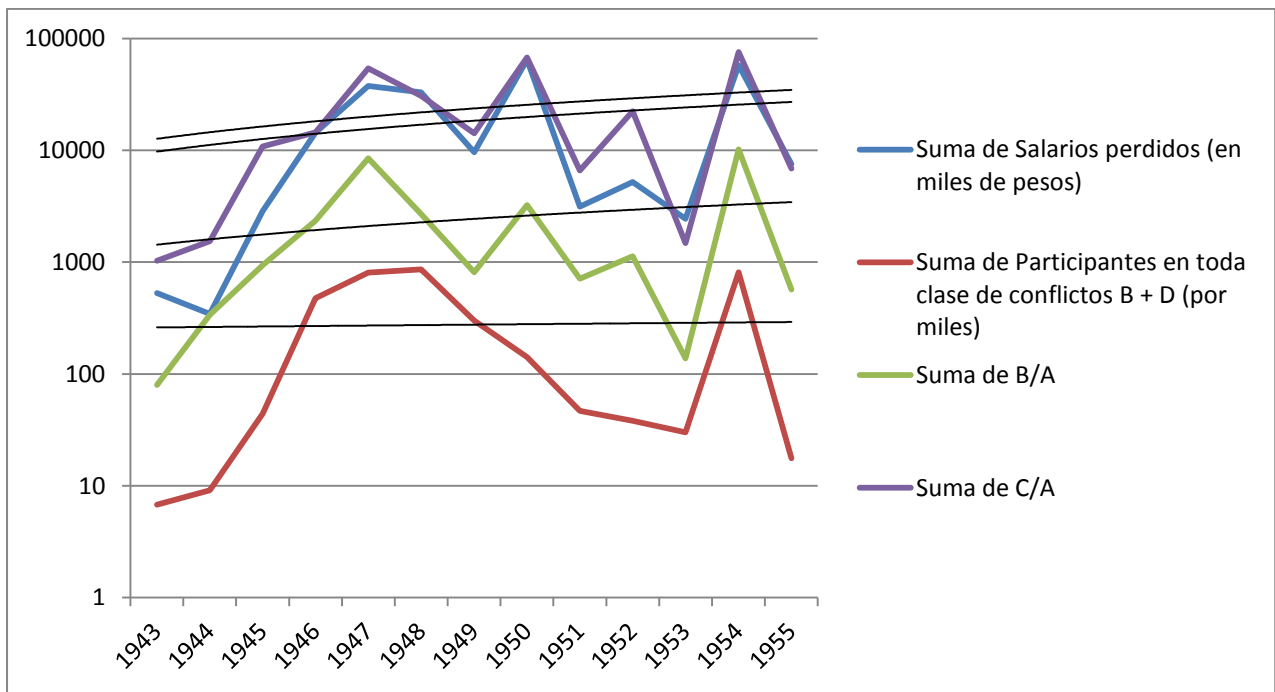


Grafico 3 (gráfico 1 + gráfico 2)

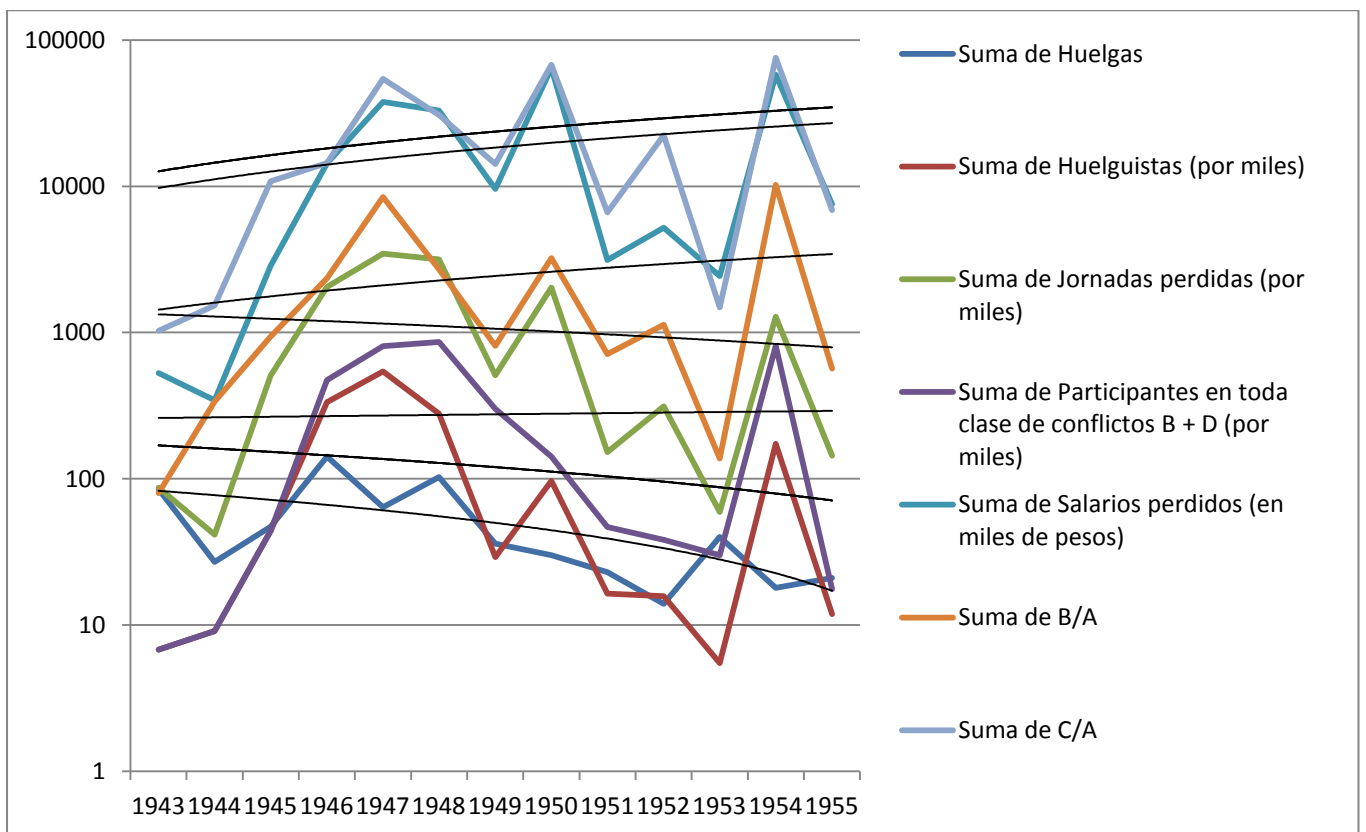
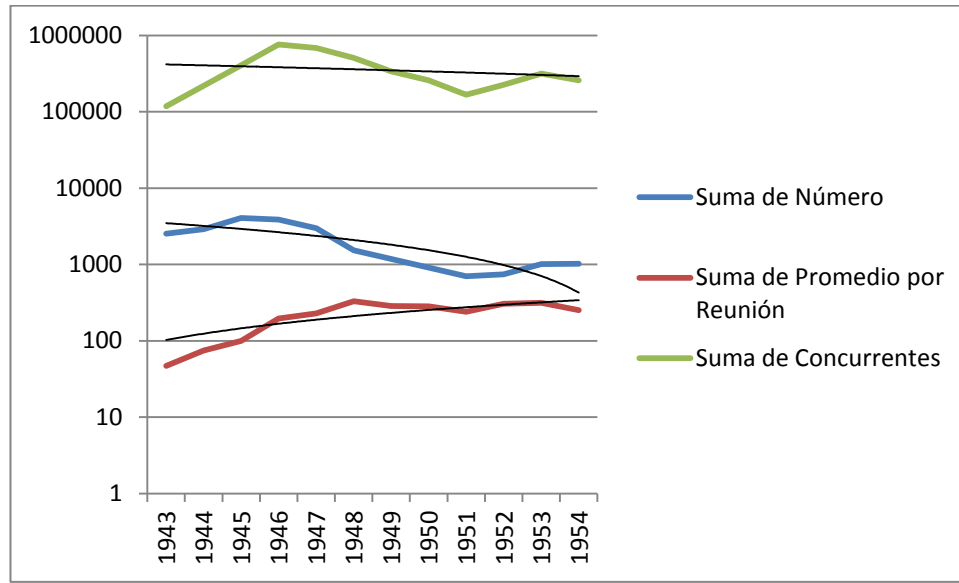


Grafico 4. Reuniones sindicales



Cuadro 4. (Conflictos sindicales calculado por promedios).

Año	Huelgas	Huelguistas (por miles)	Jornadas perdidas (por miles)	Brazos caídos, paros y trabajo a desgano (por mil)	Participantes en toda clase de conflictos B + D (por miles)	Salarios perdidos (en miles de pesos)	B/A	C/A
1943	170	6	8		6	3	3	4
1944	54	8	4		8	2	14	6
1945	94	37	48		37	16	39	46
1946	284	278	193	69	418	78	97	61
1947	128	450	326	130	715	205	347	229
1948	206	231	297	288	816	179	111	130
1949	72	24	48	134	296	52	33	60
1950	60	81	191	22	125	351	133	286
1951	46	14	14	15	44	17	29	28
1952	28	13	29	11	36	28	46	95
1953	80	5	6	12	29	13	6	6
1954	36	144	121	314	781	314	419	319
1955	42	10	14	3	16	41	23	29

Grafico 5. Conflictos sindicales calculados por promedios

